

»Nos movemos en Dios y en Dios vivimos, del éter de su espíritu engendrados; fundiéndonos nacemos y morimos, siendo y no siendo, amando y siendo amados. Desde la nada á la razón subimos por misterios santísimos llamados *generación oculta, santo anhelo, producción natural, virtud del cielo.*

»Desde el ruin mineral que tardo *crece*, sube á la planta que *creciendo vive*, el éter, que ya el ser luego enaltece que *vive, crece y sensación* recibe. En el hombre después noble aparece, que *vive, crece ya, siente y concibe*. Así el éter que lento se despliega desde el ruin mineral al hombre llega.

»De seres mil en el variado abismo marchan en no alterado movimiento desde el átomo al hombre el vitalismo, y desde el hombre á Dios el pensamiento. Va el éter desde el átomo á Dios mismo sin solución de punto ni momento. Es del principio y fin de la existencia, el polo Dios, su iman la inteligencia.

»De otro ser nuestro ser reminiscencia la muerte hace invisibles, no destruye; pues el *yo*, nuestra *vida*, nuestra *esencia*, de ser en ser transfigurándose huye. Volviendo hacia su origen la existencia, desde ésta á aquél purificada fluye; siguiendo así con invariable anhelo su eterna ley: *la reversión al cielo.*

»¿Adónde marcha el orbe vagabundo? El orbe no se va, vuelve muriendo; lo que vino de Dios en un segundo, tarda mil siglos hacia Dios volviendo. El orbe, de que es átomo este mundo, los siglos á los siglos sucediendo, en caravana eterna peregrino sigue de Dios el inmortal camino.

»De inteligencia las esferas dota yendo hacia Dios la creación errante. Cual la tierra una flor, el orbe brota crisálida inmortal el *ser pensante*. El éter de que consta y en que flota, hirviendo en lenta ebullición constante, produce el universo *inteligencia*, cual la tierra la flor, y ésta la esencia.

»De Dios el hombre semejanza y fruto, tiene su alma hacia aquel santo atractivo; Dios, atmósfera de almas, su atributo es de espíritus ser el centro vivo. Dios es lo necesario y lo absoluto: lo contingente el hombre y relativo: y siendo el *yo creado* un *Dios finito*, es el *Dios increado* un *yo infinito*.

»Del mundo, el hombre y Dios tal es la *La creación el yo brota inflamada*. (ciencia: *El yo es un Dios de limitada esencia: Dios es un yo de esencia ilimitada. Tan sólo en la extensión se diferencia la increada razón de la creada. Por atracción, el yo, razón finita, siempre hacia Dios, plena razón, gravita.*) —

Llegó la sombra aquí. Calló un momento Colón; su ciencia descifrando grave fué encontrando en su activo pensamiento de la unidad universal la clave. De la atlántica tierra el hundimiento cuenta la sombra así con voz suave; en tanto que Colón, aunque oye y mira, dudando está si sueña ó si delira.

— «Del atlántico mundo la existencia extinguiéndose fué de grado en grado, cuando su *extracto, yo*, su *inteligencia*, su *espíritu vital* dejó agotado. Como una flor que derramó su esencia, la Atlántida su espíritu ha exhalado. ¡Nada una flor de un mundo se difiere; nace, crece, embalsama, cae y muere!

»Madre de Romas, Tiros y Sidones, sus hijos fué la Atlántida nutriendo; de sus Homeros, Dantes y Platones, su *vida, yo*, su *numen* fué naciendo. En mí, ya juntos sus vitales dones, se fué la tierra lánguida extinguiendo, como la llama que el blandón ostenta el blandón gasta al fin que la sustenta.

»Huyen las gentes por la tierra hendida, y en simas caen que al caer retumban: su cohesión molecular perdida, las montañas en polvo se derrumban. En torno de la tierra comprimida sus ondas mueve el mar, que airadas zumban cual gran caimán que, si su presa toca, ruge al abrir descomunal la boca.

»La madre tierra, estéril no sustenta; el aire inútil tímido se estanca; la color que la luz negruzca ostenta es la postrer degradación de blanca. En sed de aire suspira cuanto alienta: el ansia de la luz ayes arranca: bajan las aves tras del aire al suelo: las fieras miran tras la luz al cielo.

»Todos expiran, sin que sangre vean que al morir enardezca su ardimiento. No arden los bosques que incendiar desean. Quieren mover y no se mueve el viento. Faltos del aire y de la luz, pelean en un suplicio interminable, lento, con completa razón para medirlo y entero el corazón para sentirlo.

»El miedo, ese gran mal de nuestros males, sofoca la virtud y el heroísmo: no agita más pasión á los mortales que el temor de morir, el egoísmo. Odiando cada cual á sus iguales, sin caridad ni amor más que á sí mismo, con tal de ser la víctima postrera viera morir la humanidad entera.

»Ya la atlántica tierra envejecida en el gran río del vivir se atasca, y al peso de los siglos oprimida por su eje inútil con fragor se chasca:

De los opuestos mares la avenida la sume al fin con tan atroz borrasca, que en hervor desde entonces repetido bullen los mares con perpetuo ruido.

»Así, en oprobio de la humana gente, pasó en el mundo á ser sombra ilusoria un pueblo, de quien Roma prepotente ni el eco ha sido de su inmensa gloria. De este modo el más rico continente, para escarmiento de la humana historia, con su destino, para siempre aciago, aquí se hundió con general estrago.

»Tales fueron de Atlántida inconstantes las glorias que pasadas hoy me afligen, glorias que tus esfuerzos arrogantes en el mundo, Colón, de nuevo erigen. Vástago de una raza de gigantes, que de otra raza igual va á ser origen, dobla á mi ruego tu indomable brío, ¡cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!»

Dijo así la visión, y dulcemente con un — ¡adiós! — su relación concluye, y enrarecida hasta llegar á ambiente sobre las alas de los aires fluye: volando poco á poco hacia el Oriente, con otro — ¡adiós! — entre las sombras huye: dejando allí á Colón torvo y risueño, como el que empieza á despertar de un sueño.

## CANTO XI

## DESAFÍO

## RESUMEN

El 16 de setiembre llovizná, — Esperanza de los marineros que creían cerca la tierra. — Campos de hierba. — El 17 el agua era menos salada. — Desafío entre Nuño y Rodrigo. — Consejos de Colón. — Propuesta de Colón. — Reflexiones de Colón.

Diez y seis de setiembre: ¡hermoso día! — Llovizna; ¡gran señal! — Hierbas al frente *como verde y flotante pradería*. Diez y siete. — Aguas dulces. — ¡Excelente! El pobre Nuño que de amor moría su pasión va ocultando. ¡Inútilmente! No hallaba á veces de esconderla modo: ¿dónde hay razón que lo resista todo?

Por eso al fin del día, así á Rodrigo preguntó Nuño con ahogado acento: — Si amase á otro hombre, acaso vuestro ama una mujer que fuese vuestro aliento, (go, ¿qué haríais, siendo de su amor testigo una vez, y otra vez, hasta otras ciento? — Rodrigo contestó: — ¡La mataría! ¿Y vos? — Nuño siguió: — ¿Yo?... ¡moriría!



Yo moriría: sí, morir anhelo,  
porque á Zaida al mirar de vos amante,  
mi amor, tranquilo un día como el cielo,  
en un amor se ha vuelto delirante:  
quiero dejar frenético en un duelo  
la carga de mi espíritu anhelante.  
¡Vos no sabéis, Rodrigo afortunado,  
cuánto le pesa el alma á un desdichado!

Juradme que jamás Zaida enterada  
de la causa será de mis desvelos. —  
Clavando alta Rodrigo su mirada,  
le contestó: — Lo juro por los cielos.  
— Desde que ví — Nuño siguió — embarcada  
con vos á Zaida, presa de los celos,  
¡parece que abrumado inmensamente,  
pesa un mundo, ¡gran Dios! sobre mi frente!

¡Morir quiero, ó matar! mi hado enemigo  
hará feliz mi estrella maldecida,  
si dejar con mis celos hoy consigo  
este dolor de soportar la vida.  
Quiero mataros, ó morir, Rodrigo,  
para curar de mi dolor la herida:  
pues ignoro en mi loco devaneo  
si es que mataros ó morir deseo.

— ¡Bien! Rodrigo exclamó con firme acento,  
acabe un duelo, sí, nuestra existencia,  
que una pasión que es de la vida aliento  
no la curan ni el tiempo ni la ausencia.  
Comprendo vuestro amor, porque lo siento;  
y sé, Nuño, también por experiencia  
que si en celos el alma se arrebató,  
el gran mal del dolor es que no mata.

— ¡Siempre delirios! — por detrás murmura  
de pronto apareciendo el Almirante, —  
¡ay del que cuerdo el juicio no procura  
de la ciega pasión llevar delante!  
Matarse por amor fuera locura. —  
Así dice Colón, y Nuño amante  
pregunta, su alma de dolor transida:  
— ¿Y para qué es sin el amor la vida?

— Sin gloria es el amor sombra ilusoria,  
dijo Colón, primero suspirando.  
— ¿Sombra es amor — dicen los dos — sin gloria?  
— ¡Sombra! siguió Colón otro ¡ay! lanzando. —  
Tened siempre presente en la memoria  
que para el mal de amor, la vida andando,  
es médico excelente la paciencia,  
el tiempo insigne, y sin igual la ausencia. —

Tales palabras con dolor oyendo  
Rodrigo pesaroso de su estrella,  
— ¡Vivir sin ella! — prorrumpió gimiendo;  
y Nuño replicó: — ¡Vivir sin ella!  
¡Oh! no, imposible proseguir viviendo  
sin ver, y ver sin fin, su imagen bella;  
al dejar su memoria el alma mía  
inerte el corazón se me helaría.

Nunca su imagen presta á mi albedrío  
la libertad siquiera de un momento;  
siempre á ella va como hacia el mar el río  
girasol de su luz mi pensamiento.  
Ni al morir tendré paz; que el amor mío  
es tan grande, tan grande, que presiento  
que, si ya muerto, me llamase un día,  
mi esqueleto á su voz respondería.

— ¡Siempre delirios, siempre! — el Almirante  
cual padre tierno con dolor exclama; —  
¡ay del que no echa de su amor delante  
la luz del cielo que razón se llama!  
Ved que del árbol de la vida amante  
esa pasión es ponzoñosa rama:  
no acaba el mundo la ira de los cielos,  
y lo envenena un átomo de celos.

— ¿Sabéis de Zaida el que obtendrá la mano?  
quien primero la tierra á ver acierte.  
Así á uno de los dos el suelo indiano  
dará gloria y honor, por odio y muerte.  
El duelo consentir fuera inhumano.  
Que uno al menos feliz haga la suerte:  
con su amor al triunfante premiaremos;  
y al que pierda... después... después... veremos.

¡Rodrigo! un puesto acotará en la historia  
el que antes tierra con sus ojos mida,  
y de su amor la dicha transitoria,  
cuanto lo pueda ser, será cumplida.  
¡Nuño! depure esa pasión la gloria;  
que en la esfera moral de nuestra vida  
cuando el fuego de amor la gloria inflama,  
es más brillante aunque menor la llama.

»Del alto mirador de un mastelero  
la India cada cual espíe ansioso,  
y al que *tierra* ¡oh placer! grite el primero,  
mis preces y el amor lo harán dichoso.  
¡Dios premie al más feliz ó más certero!  
Y el más desventurado ó perezoso,  
que aguarde el porvenir: siempre el destino  
para llegar al bien tiene un camino. —

Vamos, marchad. — Y súbito marchando,  
miró á un mástil Rodrigo de Triana;  
luego al trinquete se acercó exclamando:  
— ¡Sedme amiga una vez, suerte tirana! —  
Nuño otro puesto rápido buscando,  
dijo, apoyado al palo de mesana:  
— ¡Aunque es mi sino cual ninguno fiero,  
tanto anhelo esperar, que en él espero!

— ¡Tristes! — Colón prorrumpió, — ¡mucho  
su afán mi corazón, porque no ignora (siente  
que el alma á veces vive solamente  
con la vida del dueño á quien adora!

Daremos tiempo á que la edad ahuyente  
el fuego del amor que los devora.  
¡Aun viven para amar! — siguió diciendo. —  
¡No aman para vivir! — dijo gimiendo.

¡Sí! ¡yo también en mi vejez refreno  
una inmensa pasión, tan acendrada,  
que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno  
la inmensidad del mar nunca acotada!  
¿Qué quedaría en mi doliente seno  
si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!  
Nuño tiene razón, Beatriz querida.  
¡Ay! ¡para qué es sin el amor la vida!

## CANTO XII

## LAS NUBES

## RESUMEN

El 18 de setiembre de 1492 Martín Alonso Pinzón vió una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente. — Al Norte gran cerrazón. — Revista de la historia universal. — La Cava. — Colón. — Herculano. — Margarita de Dinamarca. — Los amantes de Teruel. — Abelardo y Eloísa. — Nabucodonosor. — D. Alvaro de Luna. — Torquemada. — D. Pedro el Cruel. — D.<sup>a</sup> María Coronel. — Epigrama. — Semíramis. — Sistema de Pitágoras. — Martín Vicente. — Lucrecia. — Paleólogos. — Comnenos. — Merovingios. — Judíos. — ..... — Rascón. — Platón. — Enrique IV de Castilla. — D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal, su esposa. — Pablo Toscanelli. — Macías. — El caballo de Calígula. — Augusto. — Demócrito y Heráclito. — Escévola. — Saladino. — Juana de Arco. — Luis XI. — Leonidas. — Bruto. — César. — Sócrates. — Mahoma. — Continuación del viaje. — A G... — Conclusión del canto.

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alboreando  
del diez y ocho de setiembre el día,  
cuando estaban las gentes contemplando  
las mil nubes y mil que el sol teñía.  
Tantas nubes, tan varias, revolando,  
el juego de la vida parecía.  
Y bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia  
más que un juego de nubes la existencia?

Las nubes con su forma transitoria,  
cual ideas que el viento ha condensado,  
son, breve imagen de la humana gloria,  
del insondable porvenir traslado.  
Haciendo aplicaciones á la historia  
leían en las nubes lo pasado,  
como si fuesen sus flotantes velos  
alfabetos movibles de los cielos.

¡Buen día! Disputando alegremente  
el dulce *Ruiz*; *Roldán*, el tormentoso;  
*Maestre Juan*, ateo é inteligente;  
*Pedro Gutiérrez*, noble y valeroso;  
*Maestre Alonso*, médico excelente;  
*Quintero*, el vil; *Rascón*, el quejumbroso,  
van de las nubes traduciendo el vuelo,  
inescrutable diálogo del cielo.

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,  
en que la tierra se supone enfrente;  
además un Pinzón cuenta haber visto  
volar algunas aves al Poniente.  
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,  
que grita loca de placer la gente.  
Sólo Colón en horas tan mortales  
su corazón revuelve entre puñales.

Aquel ir entre el agua y el ambiente  
un viaje por el éter parecía...  
Como un sueño agradable, dulcemente  
mareaba el mar, la luz desvanecía...  
Y sin dejar el rumbo de Occidente  
andando y más andando, todo huía...  
¡Y las nubes, conforme adelantaban,  
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

— Mirad, — dijo Roldán, — esos vapores  
dan de la Cava idea parecida,  
que en la opinión de graves escritores  
más que su honor fué su beldad cumplida. —  
Escobedo siguió: — ¡Y ¿á quién, señores,  
sí del rosario que llamamos vida  
las cuentas blancas en pasar se alegra,  
no le herirá el color de alguna negra?